

El amor huele a café

NIEVES GARCÍA BAUTISTA



El amor es como el buen café: ardiente, poderoso, puro, amargo y dulce. Para apreciarlo hay que acostumbrarse a él sorbo a sorbo y solo se disfruta plenamente después de descubrir hasta sus más pequeños matices.

Una pequeña cafetería y una gitana de inquietantes ojos verdes escoltan las historias de una estudiante universitaria inadaptada, dos profesionales en la treintena obsesionadas por el éxito profesional y un jubilado torturado por la pérdida que aún tienen mucho por descubrir.

Son historias cotidianas e íntimas sobre la búsqueda de una felicidad que se escapa entre la frustración, los sueños rotos y la rutina del día a día. El pasado puede doler, pero siempre se puede aprender de él.

*A Daniel,
porque el amor también huele a
leche, espuma de baño y algodón*

*Un sorbo de café baña los espíritus deprimidos y los
eleva más allá de los sueños más sublimes.*

John Milton, escritor inglés

*¡Oh, cómo me gusta el café azucarado!
Es más agradable que mil besos,
más dulce que el vino moscatel.
Café, café, te necesito,
y si alguien quiere confortarme
¡oh, que me sirva café!*

*Aria de Cantata del Café, de **Johann Sebastian Bach***

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no podría haberla escrito sin el apoyo constante de dos escritores.

Por un lado, César García Muñoz me puso casi literalmente manos a la obra después de insistirme incansablemente con su característico tesón emprendedor. A él también le quiero agradecer y le debo la cubierta que lleva esta novela.

Por otro lado, no puedo eludir el justo reconocimiento a la generosa ayuda de Fernando Trujillo Sanz al compartir su experiencia vanguardista en el camino de la autoedición digital, que para mí —como para otros muchos autores noveles— ha sido impagable. Tengo la suerte, además, de que su ejemplo no es solo literario, sino que también me guía en el camino de mi propia vida, de nuestras vidas.

Y gracias, finalmente, a todos los amigos y familiares que han contribuido con sus opiniones, consejos y ánimos.

UN LUGAR

En una calle sin importancia, en una esquina cualquiera, hay un pequeño local de amplios ventanales llamado El Confidente de Melissa.

El Confidente de Melissa podría ser una cafetería más, quizá algo especial por su comida extranjera y su aroma a café recién molido, intenso y oscuro, que es amargo y dulce, que excita y relaja a la vez.

Este es un lugar acogedor con muebles de escasas pretensiones, quizá insignificantes para las miradas más exquisitas, pero ricos en las historias y confianzas que se han ido posando sobre ellos y de las que son testigos silenciosos.

A este sitio le da nombre un confidente de nogal, viejo y desgastado, pero aún extraordinario por el delicado y laborioso tallado que unos dedos adolescentes labraron en la madera. En un rincón, el confidente gobierna callado y señorial, y a pesar del poderoso imán que ejerce entre los clientes, nadie osa a sentarse en sus dos asientos enfrentados.

Fuera merodea una gitana morena, de ropas ajadas, que dice la buenaventura a cambio de la voluntad. Hay quienes la creen, otros, no. Pero todos se sienten intimidados por sus intensos ojos, que arden como dos brasas del color de la esmeralda.

LUNES

«El corazón de tu padre te cambiará la vida, niña». El augurio de pacotilla de aquella charlatana se le había metido en la cabeza y no conseguía zafarse de él. Fue lo último que dijo la gitana y ya no quiso saber más. Le puso una moneda en la palma de la mano y entró rápida en la cafetería. Pero el maldito presagio había atrancado sus sentidos y lo meneaba sin descanso, como la cucharilla que ahora danzaba ochos entre la espuma de su café *macchiato*.

—Adela, ¿me estás escuchando?

En frente, su íntima amiga Raquel le lanzaba una mirada que Adela presentía escrutadora a través de aquellas oscurísimas y enormes gafas Chanel. Raquel se las había puesto con la excusa de que los grandes ventanales de la cafetería reflejaban el sol con potencia y le hacía daño en los ojos, pero en realidad, Adela sabía que a su amiga de la adolescencia le encantaba presumir de estatus social.

—¡Ah! Eh..., sí, perdona, ya estoy contigo. O sea, que ahora por la tarde vuelves a ver a Iván, ¿no? Cuéntame.

—No, cuéntame tú. ¿En qué pensabas?

—Bah, nada. La gitana de la puerta, que al final ha conseguido comerme un poco el coco.

—Anda, mira, ¡a la comecocos le comen el coco!

Raquel se quedó como suspendida, con la boca muy abierta, esperando el aplauso de su amiga, pero esta solo fue capaz de devolverle un resoplido desganado y algo indulgente.

—Qué chispa tienes, hija.

—Bueno, venga —repuso Raquel dando un manotazo al aire—, dime qué le preocupa a mi querida psicoanalista. Cuéntamelo, aunque solo sea para relajar ese ceño fruncido, cariño, que a nuestros treinta y tres años ya no tenemos la piel tan elástica.

—Es por lo de mi padre.

—Ya..., es verdad. ¿Cómo lo sabría esa mujer?

—Vamos, no seas ingenua. Como está merodeando por aquí todos los días, supongo que nos habrá oído hablar de ello en alguna ocasión, y ahora que tiene esa información, aprovecha, nos coge por banda y ¡zas!, me suelta el bombazo. Estos profesionales de la adivinación funcionan del mismo modo: solo te cuentan cosas que les dices y que por supuesto ya sabes, pero lo hacen en plan oráculo de Delfos para que te quedes impresionada. ¡Bah!

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Es simplemente que me ha venido a la mente todo el rollo del infarto. Yo..., no veo bien a mi padre. Él dice que sí, que está a gusto con nosotros, cuidando del niño, pero no... Él no está bien.

—Pobre Joaquín. La verdad es que tu padre ha tenido que pasarlo muy mal.

—Muy mal es poco... Ha sido peor.

Adela suspiró. Cinco meses atrás el corazón de su padre se paró, cansado de tanto dolor, tanta carga, tanto sufrimiento. No se había cumplido ni un día después de la incineración de su gran amor cuando sintió que un filo punzante atravesaba su pecho. A pesar del lacerante dolor, al hombre se le escapó una leve sonrisa. «Cayetana, Hugo...», decía en su delirio, mientras alargaba la mano. Adela, arrodillada a su lado y temblando de miedo, sabía que su padre estaba viendo a su mujer y su hijo fallecidos. En aquellos largos minutos de angustia, sola en el piso donde había crecido, esperando a la ambulancia que parecía que no llegaría a tiempo, Adela se consoló pensando que si su padre

también moría, al menos se iría con la felicidad de reencontrarse con su mujer y su hijo.

Con la mirada perdida en el fabuloso tallado del confidente decorativo de la cafetería, Adela se estremeció. Añoraba al loco de su hermano, echaba terriblemente de menos a su querida madre. Pobrecilla, cuánto sufrió en el último tramo de su vida. Adela hizo un esfuerzo por recordar cuándo fue la última vez que vio a su madre sonreír, feliz, sosegada, como ella había sido siempre. Con pesadumbre se dio cuenta de que no se acordaba.

Helia bajó del autobús a las cuatro menos cuarto de la tarde, que llegaba puntual, como siempre, desde el campus universitario. Una ola de calor sofocante la recibió al pie de las escaleras, mezclado con las llamaradas de aire que escapaban de los bajos del autobús. El contraste entre el ambiente fresco que había dentro y aquel bochorno impropio de principios de octubre se sentía como un puñetazo en los pulmones. Helia estaba deseando llegar a su cafetería favorita, El Confidente de Melissa, para sentarse en uno de sus mullidos sofás, escondidos entre las plantas, pedir un *frappé* bien frío y disfrutar del aire acondicionado mientras continuaba leyendo *Cancionero y romancero español*, una recopilación de poemas medievales realizada por Dámaso Alonso.

La muchacha caminaba con paso acelerado a pesar del ahogo, al que ella sabía que contribuía con el exceso de ropa que la cubría. Un grupo de chicas muy guapas se paró a su lado, a la espera de que el semáforo se pusiera en verde para los peatones. Vestían pantalones cortos, minifaldas, camisetas ceñidas de tirantes y sandalias de tacón que hacían más esbeltos aquellos cuerpos aún bronceados. «Qué ropa tan preciosa», pensó. Helia llevaba una camiseta blanca y holgada, unos vaqueros oscuros de pierna ancha y una chaqueta gris de punto, anudada alrededor de la cintura y que caía hasta debajo de las caderas. Helia se sintió ridícu-

la. Miró al frente. El sol brillaba con fuerza y chocaba dolorosamente contra los cristales transparentes de sus gafas de miope. Arrugó los ojos y se colocó la mano de visera. Un matrimonio mayor había llegado a la acera contraria y comenzaron a hablar y sonreír entre ellos. Helia empezó a sentirse nerviosa. Era evidente que estaban comparando al grupo de bellezas con aquel bicharraco excesivamente arropado. Sí, claro que sí.

Por fin, el semáforo detuvo la corriente de vehículos. Un coche frenó con un chirrido en primera línea del paso de cebra. Estaba ocupado por varios chicos jóvenes, parecían atractivos. Bajaron las ventanillas y empezaron a lanzar piropos. Ninguno era para Helia. Ella se sintió aún más ridícula. Aceleró el paso al máximo, con la carpeta apretada contra su pecho, la cara encendida y el corazón galopando en la garganta, y así continuó después de alcanzar la acera. Ya quedaba poco. Pronto llegaría al Confidente.

Aquella infatigable urgencia por huir había recluido a Helia a espacios poco habituales para sus veintidós años de edad. La joven no salía de la biblioteca, los museos, las cafeterías con rincones discretos y, por supuesto, su casa. Prefería estar sola, en lugares poco masificados y donde no se mezclara con gente joven, especialmente chicos. Cuando tenía que ir a clase o se juntaba con sus amigas, no podía evitar sentir constantemente una mirada burlona en la nuca, un comentario hiriente, una comparación injusta.

Hacía tiempo que los bares, fiestas y discotecas habían quedado fuera de sus planes. De sus años de instituto, Helia conservaba un grupo de cinco amigas, buenas amigas con las que había compartido apuntes, risas y confidencias. Al principio estaban unidas por las buenas notas y un aspecto físico anodino, pero la adolescencia no fue igual de generosa con Helia que con el resto. Las demás desarrollaron unas curvas armoniosas y una cara bonita. Cuando se dieron cuenta de que gustaban a sus compañeros de clase, empezaron a exponerse más y a interesarse por el arte de

la seducción femenina. Aprendieron a arreglarse con un maquillaje y unas ropas que las favorecían. Y comenzaron a sentir la necesidad de exhibir sus nuevos encantos en los epicentros de diversión juvenil: los clubes nocturnos.

Helia se iba quedando cada vez más rezagada en esa carrera hacia la explosión de los sentidos. Su pecho apenas abultaba las camisetas, que además se hallaba en desproporción respecto de las caderas. «Tu morfología corporal es de campana», le decían sus amigas, que no cesaban en su empeño de adiestrar a Helia en las competencias del arreglo físico. Al diagnóstico morfológico le seguía una retahíla de instrucciones sobre las prendas, colores y complementos que mejor disimularían la dichosa forma acampanada, mientras las demás lucían sus cuerpos diábolo, más armoniosos, proporcionados y adaptables a la moda de las tiendas.

Las compras deprimían a Helia. Y también las salidas nocturnas. Pero lo que más odiaba en este mundo eran los espejos. Esos artilugios del demonio habían sido creados, sin duda, para admiración de las bellas y tortura de las feas. Los espejos le devolvían a Helia una imagen que no podía tolerar más de unos pocos segundos. Una cara excesivamente redonda, piel pálida, labios finos y sin color, cejas gruesas, ojos inexpresivos y escondidos tras unas gafas de pasta anticuadas, y aquella nariz. El maldito hocico de cerdo en el centro de la cara, imposible de disimular. Allí estaban esos dos agujerillos, bien visibles, izados por la punta en un insólito gesto de rebeldía y soberbia que no encajaba con el resto de su fisonomía.

Helia tenía controlados los espejos de su casa, de los baños de la facultad, de El Confidente de Melissa y del resto de lugares que frecuentaba. Había calculado las distancias para saber en qué momento tenía que bajar la mirada. Pero de vez en cuando se topaba con algún espejo nuevo o el reflejo inoportuno de algún escaparate, y la imagen que reconocía le lanzaba dardos al corazón.

Solo se sentía liberada en vacaciones o festividades. Nada más terminar las clases, Helia ponía rumbo hacia la casa de una tía, que vivía en un pueblo alejado. Era un lugar fresco y poco poblado, donde las horas transcurrían torpes y con parsimonia, al compás lento de un sol perezoso que remoloneaba entre las altas montañas y el intenso verde de la profusa vegetación. Helia se abandonaba a aquel transcurrir premioso. Se despertaba al mediodía y pasaba tardes enteras tumbada en el pequeño huerto, bajo un manzano centenario, leyendo, sesteando y componiéndose una vida ideal, en la que ella era hermosa, delgada, elegante. En sus cuentos de ensueño lograba el amor de un hombre apuesto e inteligente que no tenía más remedio que caer rendido a los encantos de ella. Juntos formaban una familia preciosa con una pareja de mellizos, niño y niña, que correteaban por el jardín de su chalé y cometían las más diversas travesuras, para delicia de sus padres.

Además de recrearse en esa existencia imaginada, Helia disfrutaba en compañía de su tía, una verdadera alma gemela con la que mantenía charlas que se prolongaban hasta la madrugada. En la burbuja que ambas compartían, no cabían las exigencias, ni el perfeccionismo, ni el afán de superación, ni las críticas, ni los reproches que habitaban en su casa familiar.

Sí, aquel insignificante lugar era su reducto de calma y felicidad. Y lo más parecido que había encontrado a eso era El Confidente de Melissa, aquella cafetería con ese nombre tan largo y poco común en el mundo hostelero. Al llegar, la puerta la sacudió hacia atrás para dejar paso a dos mujeres muy elegantes. En el azoramiento, su *Cancionero* cayó al suelo, a los pies de la gitana que solía merodear por la zona, dispuesta a adivinar el futuro a quien quisiera escucharla. La mujer recogió el pequeño libro y se lo tendió a Helia con una chispa en sus sagaces ojos verdes. Durante unos segundos, Helia sostuvo aquella mirada cargada de palabras, esperando que la gitana dejase hablar a sus pen-

samientos, hasta que la timidez la superó. Se despidió con una leve sonrisa. «Gracias».

Después de dejar a su nieto Mateo en clase de dibujo, Joaquín llegó al piso de Adela algo cansado. Aquel calor de octubre, tan sofocante y tan anómalo en el otoño, contribuía a fatigar sus gastadas articulaciones. Pero el electricista jubilado no solo sentía un declive físico.

El hombre se dejó caer con desgana en el caro sofá del salón de su hija y encendió la enorme televisión. Zapeó con apatía y se detuvo en un canal de documentales. Un reportero joven y resuelto hablaba abrazado por un paraje de naturaleza agreste, pero enormemente bella. Ese podría haber sido Hugo. Si su hijo se lo hubiera propuesto, podría estar ahora dentro de ese televisor. Pero no, Hugo ya no era más que un conjunto reducido de cenizas que esperaban en su urna de cerámica a que su familia las esparciera en los rincones donde a él le hubiera gustado reposar.

Antes de morir, Hugo era un hombre alto y fuerte, un espíritu indómito y rebelde, imposible de doblegar a las ataduras convencionales. Ya de pequeño le gustaba escapar de la mano de sus padres y se valía de cualquier pretexto con tal de salir a la calle. En cuanto cumplió los dieciocho años, llenó una mochila con algunas mudas, camisetitas y pantalones, sus escasísimos ahorros, un saco de dormir y su adorada cámara fotográfica, y dijo que se iba a conocer África. Ni las amenazas de Joaquín ni las súplicas de Cayetana consiguieron retenerlo en casa. Estuvo fuera un año completo y en ese tiempo se las arregló para llamar alguna vez o enviar alguna escueta postal. Contaba aventuras asombrosas. Para viajar recurría al autoestop y para pagar la comida realizaba pequeños trabajos. El chico pronto se dio cuenta de que la moda del mundo industrial era incompatible para su nueva forma de vida, así que aprendió

a coserse unas prácticas túnicas con los retales que conseguía a cambio de sus pertenencias occidentales, que en aquellas tierras le resultaban inútiles. Convivió con tribus africanas, cazó con los hombres y recolectó con las mujeres. Aprendió a esconderse de los depredadores y sobrevivir a las implacables leyes de la naturaleza. Cuando regresó, vendió su tesoro fotográfico a varias revistas de fauna y viajes, y con el dinero que ganó resolvió independizarse. Tanto gustaron aquellas imágenes inéditas y arriesgadas que empezaron a lloverle los encargos. El trabajo le llevó a inmortalizar el esfuerzo de los escaladores en el Everest, los conflictos en la Franja de Gaza, el horror de las guerras en los Balcanes, la diversidad biológica en el Mar Rojo o el deshielo en los polos. A pesar de que tanto Joaquín como Cayetana aprovechaban cualquier ocasión para reprenderlo y advertirle del peligro que corría constantemente, en el fondo, todos, también Adela, admiraban profundamente a ese muchacho tan valiente y decidido. Hugo vivía en el límite, siempre bordeando el vértigo, siempre tendiéndole la mano a la muerte.

Pero su fin le llegó de la forma más inesperada. Era un domingo de un viento loco e impetuoso de enero, y tocaba una lánguida comida familiar para celebrar el cumpleaños de Cayetana. Hugo llamó para avisar de que le había surgido un imprevisto y que no podría ir. Tanto se enfadó su madre y tan débil era la excusa de él, que Hugo no tuvo más remedio que resignarse. En cuanto su madre colgó el teléfono, Joaquín le advirtió de que Hugo acabaría inventándose cualquier otra disculpa para escapar de la sobremesa. Pero desgraciadamente el hombre se equivocó en su pronóstico. Cuando todos oyeron la Ducati de Hugo en la calle, se asomaron a la terraza para comprobar que era él. El viento arreciaba y revolvía con violencia las pequeñas basuras de la calle. Hugo levantó la cara. Saludaba con su sonrisa amplia y sincera, la que siempre lucía y que solo se rompió cuando un pedazo de cornisa se resquebrajó del edifi-

cio y cayó fatalmente sobre él. Le faltaban tres meses para cumplir treinta y nueve años.

La tragedia se cebó especialmente en Cayetana. La culpa la mortificaba. «Él no quería venir, no debió venir, ¡he matado a mi hijo!». Joaquín intentaba despistar el dolor invitándola a largos paseos, cines y excursiones, pero el duelo había tejido una espesa telaraña que enmarañaba el hogar. Aprovechando el inicio de la primavera, Adela los animó a que se trasladaran a su casa de campo, a la que ella no iba nunca por estar demasiado ocupada con el trabajo, y que Cayetana tanto disfrutaba por su suave clima, su aire fresco y el aroma a flores. Sin embargo, ese cambio tampoco mejoró el ánimo de la mujer, en cuyo rostro se había quedado encajado el lamento.

Unas semanas más tarde, Joaquín se levantó y no encontró a su esposa al otro lado de la cama. Saltó alarmado, presa del pánico y, con la garganta hecha un puño, salió disparado al pasillo. De la cocina llegaba un olor a bizcocho de limón, mermelada de fresas y café recién hecho. «Por fin se va a quedar con nosotros y para siempre», le dijo Cayetana con una amplia sonrisa. Su mujer se había acicalado, como solía hacer antes de morir Hugo. Había ondulado con esmero su melena grisácea y había recogido un mechón de pelo hacia un lado, con una horquilla de plata regalo de Joaquín de cuando eran novios. No se había olvidado de ponerse máscara negra en las pestañas ni de darse un ligero toque de colorete en los pómulos.

Aquel fue el inicio de la extraña convivencia entre la pareja y el fantasma de Hugo. Joaquín oía a Cayetana mantener conversaciones de todo tipo con su hijo fallecido. Eran comentarios de las noticias, consejos, confidencias, riñas y reconciliaciones. Aunque el hombre cada vez se sentía más incómodo y guardaba en secreto las locuras de su mujer, él al menos se alegraba de que Cayetana hubiera vuelto a la vida.